

«LAGRIMAS EN EL TRIUNFO»



¡Domingo de Ramos! En este domingo se vitorea a Cristo como Rey. Pasa por un arco triunfal de palmas, pero camino del suplicio. Los vítores se transformarán en gritos salvajes de muerte en Cruz. Hemos tomado parte en la procesión de las palmas; mas no como cuando era niño, que sólo se pensaba en lucir el ramo y jugar con él.

Para apreciar en todo su valor moral y trágica significación estas lágrimas del Salvador, será conveniente reproducir con la mayor exactitud y viveza posible las circunstancias históricas.

Faltan sólo cinco días para la Pascua, para cuya celebración se han reunido en Jerusalén hasta tres millones de judíos.

Es conocida la facilidad con que los judíos por aquel tiempo se excitaban y alborotaban hasta promover terribles sublevaciones, principalmente en ocasiones como la de la Pascua. Bastaba que un fanático atizase el sentimiento nacional con color más o menos religioso para que al instante viese afluir en torno suyo millares de exaltados, dispuestos a lanzarse a las aventuras más descabelladas.

Apenas hacía un año que ellos mismos habían querido arrebatar a Jesús y llevarle a Jerusalén para hacerle rey y restaurar así

el reino de Israel.

Jesús siempre se había mostrado ajeno y contrario a todas esas manifestaciones. Mas he aquí que ahora de repente parece que cambia de actitud.

Manda que le traigan una cabalgadura; consiente de buen grado en que la preparen de la mejor manera posible; en que le alfombrén el camino con sus mantos; que con ramos en las manos le vitoreen y aclamen como hijo de David y rey de Israel, que viene en el nombre del Señor a restaurar el reino de David, su padre.

Basta conocer un poco la historia de aquellos tiempos para comprender el alcance de éstas y otras semejantes exclamaciones de aquella turba delirante. Ya creían llegado el momento de entrar en Jerusalén; desalojar la fortaleza Antonina de la guarnición romana e inaugurar con el reino del Mesías una nueva era de gloria y de prosperidad para Israel.

La turba gritaba frenéticamente, agitando los ramos: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al rey de Israel!

Jesucristo, en tanto, al llegar cerca, así vio la ciudad, lloró sobre ella. Apenas es imaginable contraste más violento que el que aquí se produce sobre las locas ilusiones de